

Retos y propuestas para la acción de Cáritas en los próximos años

“Bien vista tengo la aflicción de mi pueblo en Egipto, y **he escuchado su clamor** en presencia de sus opresores; pues ya conozco sus sufrimientos”. (Ex, 3, 7)

1. Introducción

Esta ponencia más que un anaquel de respuestas o el aporte de criterios “claros y distintos” tiene la vocación de provocar la deliberación en común, pretende ser una herramienta para penetrar en el mundo de la creatividad social y eclesial.

A la luz del evangelio y la DSI tenemos cuatro elementos fundamentales para recorrer el camino:

1. Una luz más penetrante e intensa desde el **Informe Foessa** nos muestra que la realidad previa a la “crisis” era frágil socialmente, injusta económicamente y excluyente para los más pobres. Es decir, que la “crisis habitaba ya” entre nosotros, de alguna manera, y por ello los síntomas han sido tan rápidos e intensos.

Los análisis sociales, como el VI de Foessa, tienen la virtualidad de poder ser comprendidos de dos maneras. Una como una foto fija (estática) que nos muestra una determinada realidad en un momento dado. La otra es como una película (dinámica) con sus sonidos, sus paisajes, sus personajes y una trama que recorre diversas situaciones y circunstancias. Si aprehendemos el Informe Foessa desde la estática (foto) nos aportará, sin duda, muchos factores sociales pero perderemos la posibilidad de encarnarlo en la “trama de la vida”, en los argumentos que él mismo va generando, en la dinámica estructural, vital y personal desde lo cotidiano. Desde esta mirada es posible afirmar que la “crisis habitaba entre nosotros” porque la fragilidad social y personal que expone el Informe, unida a una débil y fragmentaria red de protección social y un escaso desarrollo del capital social y simbólico hace a la sociedad española muy sensible a los envites del paro, el crédito.... Por ello no estamos analizando dos cosas: crisis y Foessa. Estamos otorgando luz a la realidad social desde dos atalayas, absolutamente complementarias.

Nos gustaría añadir una tercera manera de acercamiento al Informe Foessa que vamos a denominar “normativa”. ¿En qué sentido otorgamos esta posibilidad de lectura?. Creo que en las entrañas del Informe no sólo hay un análisis neutral de la “exclusión y el desarrollo social”, sino que en su interior hay una verdadera propuesta ética y antropológica. Hay una propuesta, que como el mismo informe dice pone al “sujeto como auténtico protagonista” y además apuesta, decididamente, por un modelo de convivencia más “justa y humana” (desarrollo social). Por ello el Foessa, no sólo es estática (presente) y dinámica (desarrollos futuros) sino también se convierte en **aspiración** y en tensión ética. Parafraseando a Aristóteles, que nos decía en su ética a Nicómaco que “estudiamos la virtud, no para saber qué es ésta, sino para ser virtuosos”, podemos afirmar que en el Informe Foessa “no sólo estudiamos la sociología de la pobreza y la exclusión social, sino que lo hacemos para comprometernos más con la realidad de la pobreza y la exclusión social”.

2. La realidad, global y local, en los últimos meses ha sufrido un giro que hemos percibido con mayor o menor virulencia en nuestras Cáritas. Una mayor “presión” de personas en nuestras parroquias, proyectos y

servicios que ha sido analizado en el informe “Crisis” del Observatorio de la Realidad. Nosotros lo abordaremos someramente más adelante.

3. Otro elemento que queremos destacar, que a veces se nos olvida, es el potencial de conocimiento y experiencia que tenemos en nuestras Cáritas. El acervo de experiencias, de adaptación a los tiempos, de analizar “los signos de los tiempos” con el cual encaramos el futuro, es de una riqueza enorme que debemos saber “descorchar”. En momentos de “turbación” es esencial la mirada externa. Saber aprender de otras experiencias, otros marcos de intervención, análisis de expertos y Observatorios de la Realidad. Esta mirada es absolutamente necesaria. Ahora bien, también tenemos que mirar a la experiencia interna, a nuestra historia, a nuestros anhelos y esperanzas, a nuestras guías y luces fundamentales. Esta mirada dialógica nos permite echar ramas sin perder las raíces, nos posibilita que las ramas no sean meros injertos sino vegetación que se genera desde las entrañas de nuestra experiencia.
4. Por último, nos parece importante destacar el Modelo de Acción Social (MAS), que se somete a ratificación en esta Asamblea y ha llevado un largo proceso de trabajo. El MAS es la cartografía que nos damos para nuestra Acción, para nuestro “quehacer”. Si nuestra Acción queda absolutamente alejada del mismo lo convertiremos en un documento inaccesible e impracticable. Perderá su energía como realización y aspiración de nuestra manera de “hacer” en el mundo de la exclusión y la pobreza. Podemos aplicar al MAS aquello que decía Ortega de las éticas. “Una moral (nosotros hablamos del MAS) geoméricamente perfecta, pero que nos deja fríos, que no nos incita a la acción es subjetivamente inmoral. El ideal moral (el MAS) no debe contentarse con ser él correctísimo; es preciso que acierte a excitar nuestra impetuosidad” y, añadido yo, “nuestra acción, nuestra motivación, nuestra forma de hacer en el mundo”. Con “crisis” o sin “crisis” el MAS es una luz y una guía que, sino acertamos a encarnarlo, lo convertiremos en un documento “inmoral”, en una aspiración lejos del “clamor de nuestros agentes y de nuestro pueblo”.

Esta realidad, a la luz de lo expuesto, nos exige prudencia y osadía al mismo tiempo. Prudencia para que nuestras acciones no sucumban a lo urgente y emergente y pueda tener una visión a medio plazo. Pero también osadía para no cerrar los ojos a la realidad y saber estar cerca de las necesidades y los clamores del pueblo. No podemos negar la realidad de millones de personas “gimiendo bajo dolores de parto” con necesidades muy primarias que exigen determinación en nuestras actuaciones.

2. Una pastoral sociocaritativa dinámica y tensional

Pastoral dinámica y tensional significa acceder a la realidad desde terrenos sujetos a la ambigüedad e incertidumbre de los procesos humanos y sociales. Los ámbitos de la exclusión y de la periferia, fuera de la ciudad, son por sí mismos inciertos y ambiguos.

La ubicación '**fuera de la ciudad**' es un lugar de total ambigüedad. Tal ambigüedad es vivida por el propio Jesús, que en varias ocasiones aparece 'fuera de la ciudad' (Mt 21,17; Mc 11,19). Sin embargo Jesús supera la contradicción aparente y la llena de sentido. Fuera de la ciudad es el lugar de la exclusión (dónde viven los leprosos y endemoniados) y el sacrificio (Jesús es crucificado "fuera de la ciudad"). Jesús ilumina, unifica y convoca desde la Cruz 'fuera de la ciudad'.

El llamamiento en estos momentos de turbación no consiste en negar la ambigüedad sino en transitarla para ser iluminados por la luz del Espíritu. La simplicidad, la dinámica de esto o lo otro, los blancos o los negros en contexto de incertidumbre no son buenos caminos.

Esta Pastoral dinámica y tensional nos sitúa 'fuera del campamento' reconociendo nuestras limitaciones y asperezas de corazón pero sabiendo que es terreno sagrado de especial presencia del Dios de Jesús. Por ello las actuaciones deben ser firmes y flexibles, radicales y estratégicas, escuchando los 'clamores del pueblo' sin renunciar a nuestro ser profundo. **"Así pues, salgamos donde Él, fuera del campamento, cargando con su oprobio"** (Hb 13,13).

3. **La realidad de la pobreza percibida desde la acción: "Bien vista tengo la aflicción de mi pueblo" Ex 3,7**

El informe Foessa realiza un diagnóstico del modelo social en nuestro Estado y de la realidad de la pobreza y la exclusión social amplio, certero y profético. No es necesario extenderse en este punto. Ahora bien; si es cierto que desde la visión dinámica de la realidad social han aparecido y se han dejado sentir hechos relevantes que no podemos, ni debemos, pasar por alto. Ya adelantábamos que no se trata de dos realidades sociales diversas, de dos mundos casi opuestos, es una misma realidad social dinámica que desde el sustrato de fragilidad y vulnerabilidad, que nos muestra el Informe Foessa, genera, debido a cambios económicos y sociales, situaciones de exclusión y sufrimiento humano, con suma facilidad, rapidez y extensión.

Esta dinámica social ha sido analizada por el Observatorio de la Realidad en los dos informes que ha presentado, desde la acción de las diferentes Cáritas Diocesanas. De manera sintética nos gustaría destacar cinco puntos que nos ayuden a reflexionar:

a. **Una situación "que ya existía"**

El año 2000, 189 países del mundo firmaron los "Objetivos del Milenio" que debían alcanzarse en el 2015: el primero de todos, reducir a la mitad el porcentaje de personas que vivan con menos de 1 dólar al día y el porcentaje de personas que padecen hambre. Para conseguirlo se estiman necesarios 150.000 millones de dólares hasta el 2010. Pero todo se va quedando en solas promesas y, como decía el lema de la Alianza contra la Pobreza (17 de octubre 2008), «de promesas no se come». Lo que significa que, entre tanto, 1.400 millones de personas -una de cada cuatro en el mundo- siguen viviendo en la pobreza y aumentan las cifras del hambre.

Es esencial no perder la perspectiva internacional, la mirada global en

estos momentos sociales y económicos. No podemos caer en la tentación de “dar de lo que nos sobra” a los países del Sur. En una situación económica de bonanza podemos “compartir”; en una situación de escasez parece que se complica nuestra disposición a la “Comunicación Cristiana de Bienes”. Hoy, más que ayer, los países del Sur nos siguen urgiendo a “compartir incluso lo necesario”, nos siguen llamando la atención sobre nuestra sociedad consumista e injusta que genera “llanto y el rechinar de dientes” (Lc 13, 28) a muchas de nuestras hermanas y hermanos de los países del Sur.

«Según el director general de la FAO, Jacques Diouf, en su mensaje del día mundial de la alimentación el pasado 16 de octubre, sólo se ha conseguido un 10% de los 22.000 millones de dólares que se requieren para establecer un programa de seguridad alimentaria en los países más pobres, no sólo para la ayuda de emergencia en casos de malnutrición grave e inanición, sino para la duplicación de la población existente y la promoción de la agricultura familiar. Compárense estas cifras con los 700.000 millones de dólares otorgados por el gobierno estadounidense a las corporaciones financieras privadas (más de un millón de millones, si se suma lo dispuesto al comienzo de la crisis), o los aportes de los principales países europeos...» (Jaime GARCÍA NEUMANN, *La burbuja financiera y la crisis mundial de alimentos*, Justicia y Paz de Valencia. 2008).

b. Efectos muy rápidos

La realidad social sentida y percibida en nuestras Cáritas ha sufrido en pocos meses un cambio considerable. Nuestras Acogidas, nuestros Servicios de empleo, los diferentes proyectos, han sentido una presión asistencial muy importante (cfr. Informe Observatorio Crisis). En nuestro Estado debido a la fragilidad, vulnerabilidad, precariedad en el empleo y desigualdad existente estos efectos se han acelerado de manera notable (cfr. VI Informe Foessa). Se ha manifestado la situación de “falso bienestar” en el que vivíamos. Es esencial que no perdamos este punto de vista porque, desde la situación actual, empiezan a aparecer trovadores que anuncian que vivíamos en el mejor de los mundos posibles. Parece que antes de la crisis convivíamos en el paraíso terrenal, que sin llegar a una plenitud escatológica se le acercaba considerablemente.

Permitirme que sea reiterativo, pero una sociedad que consiente que uno de cada cuatro niños vivan por debajo del umbral de pobreza, con una incidencia alta de la pobreza en el personal asalariado (working poor), con una tasa muy alta de pobres transitorios recurrentes (presentando una fragilidad extrema) y una sociedad que genera que el 50% de la población esté afectada –aunque sea en una proporción muy baja- por alguno de los diversos procesos de exclusión, no puede acercarse a ningún tipo de ideal social.

Es indudable que los efectos se han dejado notar, de manera muy rápida, pero porque el sustrato lo ha permitido. ¿Qué hubiera ocurrido con una sociedad con una protección social más intensa y densa? ¿Qué hubiese

ocurrido en una sociedad con mayor equidad y menos desigualdad? ¿Qué hubiese ocurrido en una sociedad con una trama asociativa más compacta?

c. Han aparecido “privaciones” muy básicas

Creo que con los siguientes datos sacados del informe del Observatorio de la Crisis es suficiente para hacernos una idea.

- ✓ **A mitad del año 2008** (Junio de 2008) **el número de demandas ha alcanzado el 70,4% de todas las demandas que hubo en el año 2007**
- ✓ **Se ha producido un aumento más del 40 % en el número medio de demandas**
 - Solicitud de ayudas para **VIVIENDA** (*impagos de hipotecas, deudas de alquileres, embargos, desahucios*) y, en menor medida suministros (recibos de luz, agua, gas).
 - Solicitud de ayudas para **ALIMENTACIÓN**

Tipos de ayudas económicas solicitadas	Año completo 2007	1er Semestre 2008	% respecto a 2007 (*)	Incremento sobre 2007 (**)
Para vivienda	3285	2714	82,6%	65,2%
Para alimentos	2869	2720	94,8%	89,6%
Para ropa y/o calzado	1133	489	43,2%	-13,7%
Para educación-formación	2366	1664	70,3%	40,7%
Para transporte	835	779	93,3%	86,6%
Para gastos sanitarios	401	266	63,3%	32,7%
Otras	1565	1029	65,8%	31,5%
TOTAL	12.454	9.661	77,6%	55,2%

(*) Porcentaje del primer semestre del 2008 sobre el total anual del 2007.

(**) Porcentaje de aumento del primer semestre del 2008 respecto del promedio del 2007.

d. Afecta con mayor intensidad a los núcleos más vulnerables

Las personas, familias y colectivos señalados como de especial vulnerabilidad en el Informe Foessa son los que están sufriendo con especial virulencia la situación actual. Las personas inmigrantes, familias monoparentales, infancia y personas mayores (especialmente mujeres) y otras situaciones sociales y personales están “...comiendo un pan de llanto y bebiendo lágrimas...” podemos decir con el Salmo 80, 6.

e. El contexto económico y social va a permitir legitimar acciones políticas duras hacia los más pobres

Las políticas públicas de las diversas Administraciones en estos momentos de “crisis” pueden, como de hecho está sucediendo, tomar iniciativas que más que profundizar en la búsqueda de una sociedad más justa y cohesionada quieran capear los efectos más emergentes de la situación. Más que afrontar los temas estructurales se acaban centrando en las urgencias. La opinión pública lejos de contestar estas políticas las asumirá como una acción

deseable. “Recorte de derechos e incremento de ayudas inmediatas” puede, muy bien, ser un lema de las políticas públicas en el medio plazo.

Además, como en otros momentos de crisis, se pueden incrementar los imaginarios sociales de criminalización de la pobreza. El número de personas aumenta, los comportamientos colectivos se hacen más visibles, incluso el incremento de delitos puede ser previsible. La criminalización de la pobreza, tan presente en nuestras sociedades especialmente desde el siglo XVI, en momentos de agudización de la pobreza surge como el Gadián de las profundidades del subconsciente colectivo. El pobre ya no es una “víctima” sino que se convierte ipso facto en “verdugo”.

Sin duda, este acercamiento es parcial e inconcluso. No hemos pretendido más que acercarnos capilarmente a la situación que estamos viviendo y con la que nos topamos en nuestra intervención cotidiana. Pero, creemos que es suficiente para poner en marcha la dinámica de la reflexión, el contraste y la deliberación común.

3. La realidad de la acción socio-caritativa en el contexto actual *“Al verla el Señor, tuvo compasión de ella, y le dijo: «No llores.»” (Lc 7, 13)*

La situación que estamos viviendo somete a prueba la tensión entre ideal y realidad. Muchas personas, en estos últimos meses, nos han dicho reiteradamente que se abre una brecha importante entre lo que creemos que deberíamos hacer y lo que realmente hacemos, entre pensamiento y acción, entre realidad y aspiración. El discurso que hemos mantenido, desde hace años, del acompañamiento, de la relación personal, de la participación de las personas excluidas nos parece, que podría quedar pisoteado por la cruda realidad. La pretendida superación de la dicotomía entre asistencia y promoción nos muestra que era un ornamento argumental más que una realidad vivida y practicada.

Cuando en estos días miramos el pasado reciente realizamos unas valoraciones muy positivas de nuestra acción. Al igual que con la realidad social parece, que dado el momento actual, antes éramos perfectos en nuestra acción. Parece que en todos los espacios existía un acompañamiento integral y global, parece que todas las personas que venían a nuestras Cáritas eran Acogidas desde la personalización, el respeto, el diálogo y la participación activa de ellas en su proceso. Sin embargo, a pocos meses de aquello podría parecer que nos hemos convertido en los más impersonales del mundo y los más asistencialistas. Parece que hemos abandonado todo anhelo de acompañamiento con las personas y lo hemos sustituido por la “bolsa de alimentos”.

La situación de nuestras Cáritas en pocos meses ha sufrido un cambio, cuantitativo y cualitativo, muy notable. Estos cambios han afectado a la calidad de nuestras acogidas, a la dinámica de los agentes en Cáritas y a la relación con las Administraciones públicas, y en muchos casos, también con entidades privadas. Sin ánimo de ser exhaustivos mencionamos los siguientes (cfr “Documento del grupo sobre Incidencia de la Crisis”).

- Incremento en el volumen de Acogidas y saturación de muchos de nuestros servicios (consecuencias: saturación servicios de empleo, pérdida de calidad y calidez en las Acogidas, esperas muy largas de las personas, saturación de los espacios físicos con la problemática añadida, etc.)
- Imposibilidad de realizar un Acompañamiento a las personas y familias (consecuencias: mayor superficialidad, menor coordinación, etc.)
- Incremento considerable de las ayudas en especie para la cobertura de necesidades básicas e incremento de las ayudas económicas
- Desbordamiento en la tarea y en lo “emocional” de los agentes
- Pérdida de criterios compartidos. Acción sin reflexión (activismo)
- Menor dedicación en tareas de sensibilización y animación de la Comunidad Cristiana y de la Sociedad

Sin duda podríamos, y debemos hacerlo cada uno desde su experiencia cotidiana, ampliar la lista. Seguramente faltará algún elemento que sea muy importante. El documento, que mencioné anteriormente, logra una visión de conjunto muy acertada y sugerente para la reflexión.

¿Estamos cambiando de horizonte de manera consciente o la realidad, en su basta complejidad, nos está llevando por caminos que no queremos transitar? ¿Por qué se aleja tanto lo que pensamos de lo que hacemos? Parafraseando a S. Pablo podemos decir que “hacemos el mal que no queremos y no el bien que queremos” (en este contexto hablar de bien y mal es confuso, como veremos a continuación, pero valga como exceso pedagógico).

A pesar de las urgencias del momento a las que hemos de dar respuestas no podemos, ni debemos, renunciar a las cartografías que nos hemos dado. No es acertado renunciar a nuestra rica y dilatada tradición eclesial en la procura a los más excluidos. No debemos echar por la ventana años de reflexión, seria y serena, sobre nuestro ser y quehacer. No es deseable que desechemos nuestra experiencia, como Cáritas, en la lucha constante y perenne “para que las exigencias de la justicia sean comprensibles y políticamente realizables” (DCE 28 a).

Esta dinámica histórica concluye que la relación entre asistencia y promoción debe ser incluyente, no puede ser “lo uno o lo otro”. La pregunta que nos ha lanzado, y nos sigue lanzando la realidad, no es si debemos practicar la asistencia y la promoción, sino cómo integrar ambas dimensiones en una verdadera acción sociocaritativa que dignifique a las personas y les constituya en sujetos de su propia historia. Dicho de una manera más provocadora, el Modelo de Acción Social no es para practicarlo en momentos de sosiego social y “solemnemente” considerarlo en suspenso en situaciones excepcionales. No podemos renunciar al horizonte (expresado en el Modelo de Acción Social) aunque tampoco podemos permanecer sordos a los palpitos de la realidad. Tenemos que aprender, siempre de manera tensional e inconclusa, a contextualizarlo en diferentes escenarios sociales.

Nos aventuramos a ofrecer algunas líneas de pensamiento, o sugerencias para el discernimiento, que nos ayuden a encarar la acción en los próximos años. No es más que mirar y expresar, de manera diversa, lo ya reflexionado y expresado en la DSI, en el Modelo de Acción Social y en otras reflexiones:

⇒ La humildad y el reconocimiento de los límites. **“...ha escogido Dios lo débil del mundo para confundir lo fuerte...” (1ª Cor 1, 28).**

La realidad que estamos viviendo nos desborda en todos los sentidos. Es más, la exclusión y la pobreza nos han desbordado siempre y no dejarán de hacerlo. No podemos hacernos cargo de todas las realidades, de todas las personas, de las infinitas situaciones de dolor y desesperanza. La dureza y expansión de situaciones de sufrimiento nos puede hacer caer en la tentación de la soberbia o la resignación. La acción de Cáritas tiene que saber discernir desde sus posibilidades, su Misión y su modo de proceder en cada circunstancia sin desechar su horizonte esencial. Bellamente lo expresa Benedicto XVI en su primera encíclica:

“La experiencia de la inmensa necesidad puede, por un lado, inclinarnos hacia la ideología que pretende realizar ahora lo que, según parece, no consigue el gobierno de Dios sobre el mundo: la solución universal de todos los problemas. Por otro, puede convertirse en una tentación a la inercia ante la impresión de que, en cualquier caso, no se puede hacer nada. En esta situación, el contacto vivo con Cristo es la ayuda decisiva para continuar en el camino recto: ni caer en una soberbia que desprecia al hombre y en realidad nada construye, sino que más bien destruye, ni ceder a la resignación, la cual impediría dejarse guiar por el amor y así servir al hombre. (DCE 36)

⇒ Una presencia que dignifique desde cualquier acción. **“...como el viento mi dignidad es arrastrada...” (Job 30,15)**

La pobreza y exclusión social es un proceso que “arrastra dignidades” y “derrama el alma” de las personas (como sigue diciendo Job). La acción socio-caritativa debe enmarcarse en el proceso de acompañar la “reconstitución de dignidades”. Para ello es condición necesaria la donación, no sólo de bienes y metodologías, sino una donación de sí mismo. Los agentes en Cáritas no son meros “repartidores” de bienes o técnicas de intervención, sino que son personas que se implican y complican en una relación dialógica con los otros. Relación que se manifestará de infinitas formas, desde innumerables experiencias, con diversidad de grados y profundidad. Para ello es necesaria la inmersión y vivencia del mundo de la exclusión social.

“La actuación práctica resulta insuficiente si en ella no se puede percibir el amor por el hombre, un amor que se alimenta en el encuentro con Cristo. La íntima participación personal en las necesidades y sufrimientos del otro se convierte así en un darme a mí mismo: para que el don no humille al otro, no solamente debo darle algo mío, sino a mí mismo; he de ser parte del don como persona”. (DCE, 34)

Para ello debemos tener en cuenta diversas variables que son condiciones de posibilidad de esta “donación personal”:

- ✓ Debemos ser conscientes que la tentación cuantitativa destruye lo cualitativo. Hay umbrales por encima de los cuales es imposible acoger con

un mínimo de calidad y calidez. Lo que es bueno y deseable para cinco personas es indigno para diez.

- ✓ “La caridad cristiana es ante todo y simplemente la respuesta a una necesidad inmediata en una determinada situación” (DCE 31). Según este aserto lo nuestro es atender necesidades más allá de otras consideraciones santas y piadosas. La reflexión sobre las necesidades humanas es un campo complejo que ha sido abordado desde diferentes disciplinas y por infinidad de estudios. No es el momento de exponer este asunto (el Modelo de Acción Social lo enmarca acertadamente) pero sí de hacer dos consideraciones muy generales sin ánimo de rigor académico:

- Las personas somos seres con necesidades pero no sólo necesitamos bienes materiales. Muchas veces somos los cristianos los primeros en plantear una Antropología plana y materialista. “No sólo de pan vive el hombre” (Mt 4,4) repetimos infinidad de veces en nuestras Cáritas, sin embargo, muchas veces lo único que hacemos es “inaugurar panaderías”

- Dicho esto, las necesidades de subsistencia o primarias son de importancia vital. No podemos excluirlas del universo de la acción socio-caritativa, no podemos despreciarlas como algo atávico, no podemos, sin más, considerarlas del lado del “asistencialismo”. Sin duda, “no sólo de pan vive el hombre”; pero también necesita pan para vivir. El problema no radica en asistir o promocionar sino en: ¿cómo asistir?, ¿cuánto dar?, ¿a cuántos asistir?, ¿cuántos dando?, ¿de dónde sacamos lo que damos?, ¿qué damos?, ¿dónde lo damos?, ¿a quién lo damos?, etc. **Tan poco evangelizador es la mera asistencia que desprecia la dignidad del otro en la forma y en el fondo, como la negación de la asistencia en pos de un ideal que acaba siendo mera evasión.** El asistir es una forma de compartir fraterno que nos vincula con las otras personas en el proceso de Acompañamiento. Debemos recordar una vez más, la repetida frase de Juan Pablo II: dar “no cómo limosna humillante, sino como compartir fraterno” (MNI, 50).

Comenzábamos este epígrafe con un texto de la DCE y lo terminamos con otro que sigue al referido anteriormente que afirmaba el compromiso de atención a las necesidades inmediatas: “...asumiendo el compromiso de que se continúe después las atenciones necesarias...” (DCE 31). Es decir, dando continuidad, de alguna manera y con diverso grado, a la vinculación y relación que vamos construyendo. Atender necesidades no es desentenderse del otro, sino asumir el compromiso de acompañar un proceso que sabemos cómo empieza pero no cómo acabará.

- ✓ En nuestras sociedades la dignificación nos introduce en el ámbito de los derechos, y en nuestro caso, más directamente, en los Derechos Sociales. Un criterio importante, no único, para nuestra acción socio-caritativa es someterla al ‘escrutinio del afianzamiento, reclamación o constitución’ de derechos sociales para las personas pobres y excluidas. Nuestra acción, que es oferta de salvación en Jesucristo, trasciende los derechos y la justicia pero son un hito irrenunciable en nuestro horizonte de trabajo. La acción

socio-caritativa es un darse a sí mismo desde la gratuidad que trabaja sin descanso para constituir una sociedad en la que todas las personas, y especialmente las más frágiles, vivan de manera digna.

⇒ Una acción que es comunitaria. **“Y constituiréis mi pueblo y Yo seré vuestro Dios” (Ez 36,26)**

El concepto de comunidad es un aspecto central de la filosofía política, la sociología y, cómo no, de la teología pastoral. Sin embargo, en todas las disciplinas referidas anteriormente se ha sometido a crítica y ha sufrido vaivenes muy relevantes. La comunidad definida tradicionalmente como una unidad de sentido que reclamaba el monopolio de la interpretación de la realidad y una configuración esencialmente territorial, se ha resquebrajado. En la actualidad los llamados espacios de flujos, no anclados territorialmente, se imponen en diversos órdenes de nuestra vida. Por otro lado, vivimos en sociedades plurales con muy diversas interpretaciones, creencias y valores.

En otro orden, el individualismo se ha convertido en una especie de dato inapelable frente al que parece no haber alternativa posible. Cuando, hace muchos años ya, Margaret Tacher dijo que “no existía la sociedad sino los individuos” pareció abrirse una nueva era en el pensamiento político y económico que llega a nuestros días.

En este contexto es donde más necesario se hace sentir la presencia de nuestras comunidades cristianas como contraste a la sociedad desigual e individualista, como alternativa a unos usos y costumbres excluyentes e insolidarios, como propuesta de fraternidad en el mar de la indiferencia.

El Informe Foessa lo destaca de manera clara, especialmente en el capítulo VI. Las conclusiones de dicho capítulo comienzan así:

“La exclusión social deteriora los vínculos, las comunidades, la constitución del sujeto y sus marcos de sentido, y cada vez somos más conscientes de su importancia como factores de desarrollo social y, en especial, de su papel en los procesos de empoderamiento de las personas en situación de exclusión. Nuestras políticas sociales han sido tradicionalmente políticas sociales de recursos y tenemos que lograr que maduren a políticas sociales activas, asociativas y de sentido que logren incidir troncalmente en esos factores tan determinantes para la constitución de la subjetividad, de la sociabilidad, de las estrategias de inclusión y de la participación ciudadana.” (Pág. 191 conclusiones).

Potenciar los espacios comunitarios es un fin, un medio y la forma de expresión de nuestra fe. Es decir, que no estamos hablando de un factor a considerar sino “de la esencia de nuestro estar y ser en el mundo”. El paso decisivo es no sólo ser comunidades que ayudan a los pobres, sino que nuestras comunidades sean espacios significativos de sentido y relación para las personas más pobres y excluidas. Esto no significa que todos tengan que ser cristianos, ni pretende ser un espacio sólo para pobres que compartan nuestra fe. Se trata de crear vinculación, de crear fraternidad, de generar compromiso, de abrirnos al compartir radical. Se trata de hacer real que Dios

reina en nuestras formas de relacionarnos y compartir sentido. El reinado de Dios acaece, de manera germinal no plenificada, allí donde el pueblo de Dios, las comunidades cristianas, son transformadas radicalmente y los modos propios de Dios se hacen manifiestos. “Dios es amor”, amor radical, acogida incondicional, “locura para los sabios”, misericordia infinita.

Al comienzo hablábamos de la prudencia y la osadía, pues creemos que en la conformación de verdaderas comunidades cristianas la prudencia cede su puesto a la osadía, el riesgo ha de superar lo anquilosado y la disidencia debe contestar a los valores de este mundo injusto.

⇒ Una acción que hace partícipe a los excluidos. **“No os llamo ya siervos, porque el siervo no sabe lo que hace su amo; a vosotros os he llamado amigos” Jn (15,15)**

Hace no mucho tiempo, en unas Jornadas de Servicios Sociales de un Ayuntamiento, una de las intervenciones que rompió mucho con el esquema de las jornadas, se podía sintetizar con una frase: “las personas excluidas son personas”. A nosotros nos puede sonar a “tautología lógica”. Sería como decir “el blanco es blanco”. Sin embargo, en algunos contextos es una afirmación que genera dudas y desconciertos. Sin duda, nadie niega la afirmación antropológica, pero sí se niegan las implicaciones de dicho aserto. Si las “personas excluidas son personas” esto significa que no son “idiotas morales” (Bilbey); es decir que tienen capacidad de juicio y autonomía. Tienen no sólo la capacidad, sino también el derecho a ser partícipes de su proceso.

En la Confederación hay una reflexión muy interesante y muchas iniciativas que muestran y demuestran que es posible una acción inclusiva en la que no “haya siervos y esclavos” sino amigos, compañeros de viaje. El MAS lo enmarca y fundamenta, el documento “Marco de últimos” lo desarrolla de manera ejemplar. Existe una línea de trabajo abierta en dicha dirección, profética y realista, que remueve las condiciones de posibilidad para una participación digna de las personas excluidas.

Como plásticamente expresa Salvatore Veca, “deberían ser tenidos en cuenta, pero no pueden hacer oír su voz. Excluidos de la comunidad de los argumentos, tales personas son extranjeros. Excluidos de la reciprocidad de las miradas, son invisibles. Excluidos de la comunicación pública son mudos. Incluir a los excluidos, facilitar el uso de la palabra a quien social o institucionalmente está sancionado como áfono o afásico se cuenta entre los primeros deberes que se desprenden de nuestra genérica y preciosa idea de igualdad”.

La participación de las personas excluidas se convierte en una referencia ineludible en todos los niveles de nuestra acción. Es una exigencia **metodológica** porque en el mundo de lo social las posibles soluciones están en el mismo proceso y sólo advienen a través de la implicación de los participantes. Es un requerimiento **antropológico y ético** porque la persona se constituye en relación y respectividad a los otros. Es también una obligación **política** si pretendemos constituir y reconstruir una ciudadanía incluyente. Y por último, siendo “principio y fundamento” es un manantial teologal porque

“toda la vida social es expresión de su inconfundible protagonista: la persona humana” (Compendio DSI nº 106).

⇒ Una acción que cuida y acompaña a los agentes. **“Venid a mí todos los que estáis fatigados y sobrecargados, y yo os daré descanso” (Mt 11-28).**

En estos momentos es esencial cuidar-nos unos a otros. Que nuestras comunidades no sólo sean de acción sino auténticas comunidades de cuidado mutuo. No sólo en el sentido psicoafectivo, que también, sino en saber cuidar la experiencia de Dios que hay tras nuestro compromiso. Saber experimentar y releer la impotencia, la alegría, las esperanzas y desesperanzas, las incomprensiones a la luz de la fe.

“Hacer experiencia (de Dios) de la experiencia” (Jüngel) que significa acompañar el momento teológico y no sólo el moral y técnico desde lo comunitario. En momentos de desorientación es necesario estar muy a pie de las personas y las comunidades, estar atentos a las percepciones, a las sensaciones subjetivas, a las construcciones e imaginarios sociales de las comunidades.

Si debemos y tenemos que ser creativos en la acción sociocaritativa, también lo tenemos que ser en el Acompañamiento a los Agentes. Debemos revisar nuestras formas de presencia, nuestros métodos de acompañamiento, las maneras de convocatoria y sensibilización, etc.

Un aspecto, que merece especial consideración, es el de la formación. Muchas veces la formación es el “ídolo” que utilizamos cuando no sabemos qué hacer en un momento de convulsión e incertidumbre. La formación se convierte en un mero instrumento o condimento de cocina. Echa sal que está soso, añade agua que está duro, convoca un curso de formación porque “algo no va bien”. La formación en estos momentos es un elemento más, que no el único, que tenemos como herramienta para el acompañamiento de los agentes. Ahora bien; no cualquier formación sino una formación que esté anclada en los procesos de las personas (territorio-proyectos), que sea participada y participativa, que sepa acompañar los procesos de cambio y; por último, que construya y gestione conocimiento desde la lectura creyente de la realidad. La formación en estos momentos tiene un objetivo fundamental que es ‘habérselas con el sentido de la experiencia, con el significado de la acción’ desde las laderas oscuras de nuestras sociedades en las que habitan el “llanto y el rechinar de dientes” y desde el resplandor de la Pascua capaz de hacer nuevas todas las cosas.

⇒ Una apuesta decidida por los últimos y no atendidos. **Así, los últimos serán primeros y los primeros, últimos” (Mt 20, 16)**

Este apartado tiene dos dimensiones complementarias. La pregunta por la delimitación y la pregunta por la opción.

La primera pregunta, por tanto, es ¿quiénes son los últimos en el contexto que estamos viviendo? El informe Foessa en su Cáp. 3 (la exclusión social en España: un espacio diverso y disperso en continua transformación) nos sirve de marco para las posibles respuestas. Los criterios, los análisis, la síntesis y las sugerencias quedan enfocados e iluminados de forma muy transparente. Pero me gustaría detenerme en el subtítulo del capítulo: un espacio diverso y disperso en continua transformación. La exclusión social no es un concepto estático asociado a una serie de personas o colectivos. En cierto sentido, algunos colectivos que siempre los hemos considerado desde el concepto de “últimos” hoy serán “penúltimos” y viceversa. Esto es importante porque si queremos tener una presencia significativa “con y desde” los últimos deberemos analizar de manera pertinente la “ultimidad social”. La exclusión social es dinámica y en continua transformación.

El otro interrogante es el de la opción de Cáritas por los últimos. Si nos asomamos al estudio, publicado por Cáritas-Fundación Foessa, que Miguel Laparra y Begoña Pérez realizaron sobre los “Procesos de exclusión y los Itinerarios de inclusión” en personas acompañadas en diversos dispositivos de diferentes Cáritas Diocesanas, hay una conclusión clara: los Itinerarios de inclusión son largos, necesitan de una concentración de recursos importantes y el aporte de diversos agentes sociales. Dicho de manera poco elegante, los Itinerarios de inclusión muestran resultados a largo plazo (¿poco productivos?), son caros económicamente y necesitan muchas personas para llevarlos a cabo. En un contexto socio- económico como el que hemos señalado sumariamente más arriba, con la repercusión que tiene en nuestras Cáritas (saturación, falta de agentes, etc.) ¿Sigue teniendo sentido esta opción por los ‘últimos y no atendidos’?. El cuestionamiento es de un calado profundo y no es fácil contestar.

Vamos a permitirnos dos ideas para la reflexión. La primera es, permitirme la expresión facilona, si dejamos a los “últimos” qué va a ser de ellos. En el estudio referido se acota de manera precisa que estamos atendiendo, en términos generales, a unas personas que están fuera de otras redes de atención. La red de Cáritas está acompañando personas excluidas que quedan fuera, por diversos motivos, de otras redes de atención pública o privada. Esto es un dato esencial a tener en cuenta.

El otro aspecto a considerar viene de la mano de nuestra manera de encarar la Acción. Nuestra presencia en el mundo de la exclusión aporta una manera diferente de acompañar en el camino. Una manera que quiere ser más cercana y próxima, una presencia que quiere ser significativa y no sólo eficaz, una relación que pretende ser dialógica y no sólo instrumental. Cáritas, puede aportar valor añadido en el mundo de la exclusión más radical. Tenemos potencialidades para ir recreando desde abajo procesos significativos que de forma germinal anuncien el Reinado de Dios sobre el mundo.

Lo dicho podríamos multiplicarlo a escala internacional. ¿En qué lugar quedan los países y pueblos del Sur cuando los países poderosos están volcados en salvar a los Bancos y las Empresas aportando cantidades de dinero que hacen ridículas las cantidades asignadas a Cooperación para el

Desarrollo? ¿Deberíamos reducir nuestra presencia, como Cáritas, en Cooperación debido al incremento de necesidades entre nosotros? ¿Quiénes son los últimos a nivel internacional? Las argumentaciones referidas al ámbito de la exclusión pueden ser aplicadas, con sus salvedades, al campo internacional.

Renunciar a nuestra presencia con y desde los últimos supone evadirnos de parte de nuestra identidad, implica abandonar un espacio social dónde el Dios de Jesús se manifiesta con especial intensidad y lleva implícito perder la posibilidad de ser una “luz de sentido” en medio de la insignificancia. Sin duda, esta retórica argumental no nos libera de la tensión de la realidad cotidiana, no nos exime de profundizar nuevos argumentos y disentir con razonamientos diversos. La realidad de la exclusión está en continua transformación, pero también la realidad de Cáritas está llamada a ser dinámica como la misma realidad.

⇒ Una acción que teja redes de “protesta y propuestas”. **”...al ser enunciadadas, se manifiestan a la luz...” (Ef 5,13)**

Con todo lo referido anteriormente somos conscientes de la necesidad de crear “alianzas” y tejer redes que vayan construyendo una sociedad nueva. Redes que sepan aunar el “anuncio y la denuncia” con osadía, valentía y creatividad. Dicen que los periodos de crisis albergan las mejores “ideas” que no sólo son reacciones ante la situación sino una ingente lucha de “anticipación” al futuro. En el ámbito sociocaritativo necesitamos recrear respuestas que no sólo sean reactivas a la coyuntura sino que sean un ejercicio responsable y animoso de anticipación social.

Este ejercicio de “colonización del futuro” reclama prácticas que sean declinadas en plural (necesitamos cantos polifónicos), que muestren la realidad de lo que denuncian (propuestas y protestas), que penetren con ternura en la realidad de la exclusión (empapándose de la vida de las personas excluidas) y que, como ya dijimos, realcen el valor de la vinculación entre las personas (creando comunidad).

4. Signos del Reino. *“Buscad primero su Reino y su justicia, y todas esas cosas se os darán por añadidura” (Mt 6,33)*

Con la realidad estatal e internacional que estamos viviendo es imprescindible “manifestar a la luz” (Ef 5,13) la indignidad en la que se ven forzados a vivir la mayoría de las personas del mundo. Es inaplazable reclamar para todos los pueblos de la tierra “vida y libertad”. Pero no menos apremiante es la necesidad de “proclamar que el Reino de los Cielos está cerca” (Mt 10,7) con signos que lo evoquen y manifiesten.

Necesitamos de un nuevo “éxodo” para abandonar muchas de nuestras prácticas como Iglesia y como Cáritas. Es necesario ponernos en camino con la seguridad puesta en “Aquel que todo lo puede” y con la humildad del que se sabe pecador. Es urgente que como Iglesia mostremos al mundo la fuerza de

la debilidad, el poder de la comunión con los últimos de la tierra, la osadía del que pone su futuro en manos de Dios.

Nuestra época está necesitada de “signa pronostica” (Stº Tomás) que anticipen que “no habrá ya muerte ni habrá llanto, ni gritos ni fatigas, porque el mundo viejo ha pasado” (Ap 21,4). Nuestro mundo reclama signos que vivifiquen en medio de la insignificancia; nuestras sociedades tienen ansias de espacios que anuncien que se puede vivir de otra manera; la humanidad sigue esperando que se recreen semillas de “otro mundo posible”. Cáritas en particular, y la Iglesia en general está llamada a ser “sal de la tierra” (Mt 5, 13) y fermento de nueva humanidad desde su ser y quehacer.

Nos encontramos soñando y dibujando los caminos a recorrer los próximos años, a las puertas del II Plan estratégico de la Confederación y en el contexto socioeconómico que atraviesa el mundo. Necesitamos recrear con mucha valentía y espíritu de aventura, sin abandonarnos a la irresponsabilidad, nuevas formas de estar en el mundo o profundizar en experiencias que ya existen por diversos lugares. Permitirnos señalar de manera sucinta algunos recorridos a modo de interrogación:

- a. Si las necesidades básicas se han incrementado de manera notable entre nosotros, ¿por qué no explorar iniciativas dignas para cubrir dichas necesidades?
 - i. Cooperativas de consumo: Que anuncien que existe otra forma de compartir, de consumir, de relacionarnos. Que existe otra forma de donación y otra manera de participación de las personas pobres y excluidas. Promover el protagonismo de los últimos es asociarnos en proyectos comunes que sean válidos para afrontar la escasez de necesidades básicas y la dignificación de los últimos.
 - ii. Economía de reciprocidad: Bancos del tiempo, trueque, etc. que personalicen y dignifiquen, que vinculen y potencien capacidades, que nos igualen como personas y potencien la solidaridad.
- b. Si el individualismo se ha convertido en la idolatría del S XXI, ¿por qué no profundizar en la creación de espacios comunitarios de encuentro y acogida?
 - i. Espacios comunitarios que afiancen las relaciones y vinculaciones entre las personas que participen en él. Son espacios públicos, en su doble vertiente de ser publicitados y abiertos a cualquier persona. Son, por ello, esencialmente abiertos e inclusivos y su modo de proceder es el relacional –diálogo-, más que el instrumental. Además son espacios abiertos a compartir “**los relatos de sentido**” que otorgan razón de ser a nuestro proceder (en nuestro caso sería nuestra fe en el Dios de Jesús).

- ii. Comunidades de solidaridad: Vivir y compartir. Generar espacios de vida compartida con los más pobres. Comunidades que vinculan a personas con un proyecto común, dispuestas a donar-se a los demás abriendo su casa, su vida, su ocio...
- c. Si los excluidos quedan fuera de la vida política para reclamar sus derechos, ¿por qué no movilizarnos junto a ellos?
- i. Creando alianzas y movimientos asociativos que generen identidad, sentido, vinculación y protesta cívica frente a las injusticias existentes. Alianzas que muestren que no queremos “brindar como ofrenda de caridad lo que ya se debe por título de justicia” (AA, 8). Como en Francia aparecieron diversos movimientos “Sin –papeles”, Hijos de D. Quijote...y entre nosotros, en alguna medida, la lucha de las “Empleadas de Hogar”.
 - ii. Potenciando el tejido asociativo entre los pobres y excluidos como forma de “empoderamiento” social, como manera de construir un entramado sólido de relaciones, y como visibilización de un espacio social ocultado de manera permanente.

En esta somera presentación no están todas las posibilidades y faltarán algunas importantes. Pero las presentadas sí que muestran que existen muchas maneras de habérselas con la realidad, que podemos trascender los reclamos emergentes de la realidad para transformarlos en signos de un mundo nuevo. Cáritas nunca puede huir de la realidad, nunca debiera dar la espalda a la realidad, pero puede transformar con la fuerza del Espíritu los “clamores de la realidad” en signos de lo que está por venir. La Caridad en nuestros días se torna Escatología en un mundo sin esperanzas.

Llevamos años mostrando y reflexionando sobre el ser eclesial de Cáritas, “**Cáritas es Iglesia**” repetimos con rotundidad y convencimiento. Sin duda, es un logro que nos sitúa adecuadamente en nuestro espacio social. En estos momentos, con los cimientos asentados podemos pedir, trabajar y mostrar que “**Iglesia es Cáritas**” como titula Santiago Madrigal un reciente estudio sobre la eclesiología-teológica de Benedicto XVI. Que la Iglesia tiene un mensaje de Esperanza a este mundo roto, injusto y desigual. Que la Iglesia es sacramento de salvación desde la cercanía a los más pobres y excluidos y que lo hace con seguridad y firmeza “porque el Reino de Dios ya está entre nosotros” (Lc 17,21).